

Oración sin protocolo

HUGO ESTRADA

No es raro el caso de personas que han recibido una educación religiosa mal orientada: le tienen miedo a Dios. Para ellas Dios es alguien temible, justiciero, hasta quisquilloso. Una persona que tenga esta imagen de Dios nunca podrá orar con autenticidad; nunca podrá tener confianza en Dios y, por eso mismo, su oración se reducirá a fórmulas vacías. Es muy importante descubrir la imagen de Dios que nos presenta Jesús, el único que lo ha conocido. Jesús se vale de parábolas y comparaciones para presentarnos a Dios, para animarnos a acudir a El.

Nada menos que a media noche

San Lucas, en su capítulo once, recuerda la parábola del individuo que recibe una visita en su casa a media noche. Se ve obligado a esas horas a ir donde su

amigo para que le preste tres panes para poder atender a su huésped. Un amigo es alguien a quien nos acercamos sin protocolos, con extroversión; confiamos plenamente en él. La parábola, que relata el caso del individuo que a media noche va a casa de su amigo para que lo saque de apuros, termina con una pregunta en que Jesús interroga si es posible que un amigo le cierre las puertas en las narices a su amigo en apuros. La respuesta es un rotundo "No". Imposible. Un amigo nunca hace eso con su amigo. "Yo no haría eso con mi amigo", así piensa cada uno. Jesús saca la conclusión. Entonces, cuando oren, vayan con confianza a Dios como a un amigo íntimo, y "pidan", "busquen", "llamen"(Lc 11,9).

La viuda tenaz

El capítulo 18 de San Lucas menciona la parábola de una viuda muy pobre que, de tanto insistir, llegó a cansar la paciencia de un juez malvado, hasta que logró que le hiciera justicia. El evangelista anuncia que Jesús narró esta parábola con el fin de "inculcar la necesidad de orar siempre y no desfallecer"(18,1).

En la parábola, el malvado juez termina haciendo justicia porque "ya no aguanta la insistencia de la viuda". Y Jesús les pregunta a sus oyentes: "¿Y Dios no hará justicia a sus elegidos que claman a El día y noche?"(Lc 18,7). La respuesta es un un categórico: "Claro que no". Dios no puede ser peor que ese juez malvado. Dios es bueno; no haría eso. Hay otra conclusión implícita que se desprende de esta pregunta. No podemos poner a Dios en el mismo nivel del juez malvado. Sería rebajarlo. Pero la triste realidad es que muchas personas que se quejan de Dios, que se rebelan porque les parece que no resuelve sus problemas, están poniendo a Dios en el mismo nivel del juez malvado. Están considerando a Dios como de mal

corazón. Es algo inconsciente, sin lugar a duda, pero ésa es la imagen que tienen de Dios en la subconciencia. Con una imagen semejante nunca podrán tener la suficiente confianza como para dirigirse a Dios con fe plena.

Padres de la tierra, Padre del cielo

Es el mismo San Lucas que, en su capítulo 11, recuerda otra comparación que Jesús les puso a sus oyentes. Si un hijo le pide a su padre pescado, no le dará una serpiente. Si le pide un huevo, no le dará un alacrán. Y Jesús concluye haciendo ver que, si los padres de la tierra, que son malos, dan "cosas buenas" a sus hijos, con mayor razón el Padre del cielo, que es buenísimo, dará a sus hijos lo que le pidan.

La presentación de Dios como un padre es uno de los rasgos más salientes del Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento ya se había llamado a Dios con el apelativo de "Padre". La novedad de Jesús consiste en que no lo llama simplemente "Padre", sino que emplea el término arameo, "Abba", la palabra que usaban los niños para dirigirse a su padre, diciéndole: "papito, papacito". Esto llamó poderosamente la atención de los evangelistas y por eso no se olvidaron de insertar esa palabra aramea en medio del texto griego, en que fue escrito el Nuevo Testamento.

La comparación de los padres de la tierra con el Padre del cielo termina también con una pregunta: ¿Puede un papá darle a un hijo una serpiente en lugar de pescado? La respuesta sale a gritos de los oyentes: "¡No; imposible: sería un padre degenerado!". La conclusión cae por su propio peso. Si los padres de la tierra no son sordos al clamor de su hijo, mucho menos Dios, Padre bueno y bondadoso.

Hay que tomar muy en cuenta la contraparte de esta conclusión. Desconfiar de Dios, rebelarse contra él, porque, aparentemente, no contesta nuestras peticiones, es considerarlo "un padre degenerado", que a su hijo, que le pide pescado, le entrega una serpiente. Y ésta es la triste situación de muchos: para ellos Dios no ha alcanzado la categoría de "Padre bueno"; todavía lo siguen considerando como el juez malvado. Por eso mismo nunca logran llegar a una oración de fe.

Tres "NO "rotundos

Las tres comparaciones que Jesús expuso terminan cada una con pregunta que reclama un no rotundo. No, Dios no puede ser peor que ese amigo a quien se le pedían tres panes; entonces en mis apuros puedo acudir a Él; estoy seguro que no me va a cerrar la puerta en las narices. No, Dios no puede ser más malvado que el injusto juez que, al fin, terminó haciendo justicia a la pobre viuda. Entonces yo seguiré clamando a Dios; es imposible que no resuelva mi caso. No, Dios no puede ser peor que los padres de la tierra, que dan cosas buenas a sus hijos. Así como mi papá no me abandonaría en un momento de tribulación, tampoco Dios me puede abandonar.

Esta imagen de Dios amigo, compasivo y Padre, induce a tener confianza; de allí brota espontánea la oración de fe que Jesús exige. "Cuando pidan, -dice Jesús-, crean que ya recibieron lo que piden, y lo conseguirán". Sólo el que siente a Dios como Alguien amigo y Padre, al que puede acercarse sin protocolo y palabras rebuscadas, se llegará a él y, como un niño, le dirá con confianza: "Papá, quiero pan". El que se atreve a dirigirse a Dios como a un papá bueno, ni siquiera se va a preocupar de acercarse a Él con las fórmulas del protocolo de la sociedad.

